

Las gentes que del interior de Portugal y de España vienen a baños, escudriñan maravilladas la cosecha del mar, admirando las extrañas cataduras de tantos peces que nunca vieron, por lo menos vivos. Son de oír los comentarios de los de tierra adentro.

La multiformidad de la vida es un espectáculo de interés inagotable, y un placer de los más puros ver al natural, y en vivo, lo que acaso se vió en estampa, sin acabar de dar crédito a su existencia.

Hacen la selección de la pesca, y luego se subasta allí mismo, en la playa, y en el momento de la subasta aparece el hombre fatídico de uniforme, el odiado ministro del Estado, el implacable representante del Fisco. ¡Lo que cuesta ser nación, y nación pobre!

En una charla que tuve con uno de los pescadores, las dos palabras que más se le venían a los labios eran las de contribución y la de hambre. Por dondequiera les persigue el Fisco, forma la más concreta que para ellos toma el Estado.

Parte de la pesca va a la fábrica de conservas, y allí se les ve descabezando y destripando sardinas, cuyos sanguinolentos despojos quedan en la arena para las gaviotas, parte va a la venta al detalle y una parte mayor en carretas celtas para abono de los campos. Los cangrejos no tienen otro destino. Y aquellos mismos buyecitos rubios, de larga y abierta cornamenta, que tiraron de la red, llevan a los campos, en unos carritos del más antiguo tipo, en unos carritos célticos, de ruedas macizas, haciendo una sola pieza con el eje, y con dos aberturas para aliviarlas del peso, el abono sacado al mar.

Así vuelve la muerte a dar vida, y así devuelve el mar a la tierra algo de lo mucho, de lo muchísimo que de ella los ríos llevan a su seno. Y luego veis en el campo, junto a un maizal, o junto a un linar de donde salen las redes, un montón de cangrejos o de espadillas, pudriéndose al sol para enriquecer la tierra.

Días pasados estaba yo en la playa viendo sacar las redes a la hora en que iba el sol a acostarse en sábanas de niebla sobre las aguas. Me aparté un poco del sitio donde vaciaban la red, para mejor gozar de la puesta del sol.

Una puesta de una solemne majestad religiosa. Al ir a acostarse entre las leves brumas del ocaso, iba cambiando de forma el globo de fuego, como bajo el toque de los dedos de algún invisible alfarero. Era, en efecto, como cuando la masa de arcilla va transformándose dentro de un tipo general de vasija, al toque del alfarero. Luego empezó a hundirse en las aguas, y cuando parecía flotar sobre éstas un pequeño lago de oro encendido, recorríanlo de extremo a extremo vagas sombras. Cruzaban el cielo, sobre las olas, algunas gaviotas avizorando los despojos de la cosecha, y en la arena tendidas las parejas de bueyes, mientras los hombres subastaban la pesca, rumiando aquéllos, afanándose éstos, veían indiferentes, sin mirar, la puesta del sol en el seno del Océano. En sus grandes ojos mansos, ojos homéricos, se ponía también el sol en un mar tenebroso.

¡Hermosa evocación! El sol muriendo en las aguas eternas y los peces en la arena, los hombres mercando su cosecha marina, el mar cantando su perdurable *fado*, los bueyes rumiando lentamente bajo sus ornamentados yugos, y, allá a lo lejos, las oscuras copas de los pinos empezando a diluirse en el cielo de la extrema tarde. Y junto a los pinos, en la costa, unos cuantos molinos de viento, sobrevivientes también de una especie industrial que empieza a ser fósil, moviendo lenta y tristemente sus cuatro brazos de lienzo.

Esta contemplación de la puesta del sol marino brisado por la canción oceánica, es una de las más puras refrigeraciones del espíritu; pero, al detenerme así a mirarle con interés, temo que saque de entre las olas un brazo de luz y, extendiéndomelo, exclame quejumbroso: *dez reisinhos, senhore!*

No he presenciado, gracias a Dios, tormenta alguna que haya cogido a los